

NÉSTOR GARCÍA CANCLINI, *Diferentes, Desiguales y Desconectados. Mapas de la Interculturalidad*, Gedisa, Barcelona, 2004. 223 páginas.

Si no conoces la respuesta, discute la pregunta  
Clifford Geertz

Nos encontramos ante un libro enteramente político; un libro que se enfrenta a un triple dilema para las políticas sociales y culturales: reconocer las diferencias —nacionales o regionales, étnicas y de género—, corregir las desigualdades —institucional y subjetivamente constituidas— y conectar a las redes globalizadas a las mayorías —convertidas en expresiones menores por efecto de la globalización uniformadora y monolingüe. A lo largo de la historia de las diferentes disciplinas sociales, la antropología ha estudiado tanto las diferencias como lo que nos homogeneiza, la sociología se ha preocupado por descubrir los movimientos que nos igualan y los que aumentan la disparidad, y los especialistas en comunicación han pensado en las diferencias y desigualdades en términos de inclusión y exclusión. Todas estas cuestiones han cambiado a lo largo de las últimas décadas, máxime desde que la globalización tecnológica interconecta a casi todo el planeta y crea nuevas diferencias y desigualdades. Para esta tarea, sin abandonar los preceptos clásicos de desigualdad basados en un modelo económico que organiza y jerarquiza el acceso a los recursos y las diferentes posibilidades de consumo, los vehículos que hoy y ahora utiliza preferentemente la imparable marea tecnológica son internet, la televisión y el cine, en especial el cine americano de Hollywood.

Sin embargo, en esta explosión multicultural y transcultural, estos flujos de

intercambios económicos, de migraciones transnacionales, de acuerdos *on line* entre países y multinacionales, de ciudades donde se comercia en lengua anglosajona, se come caviar ruso, se bebe vino francés y se toman baños turcos, también en la cara de una misma moneda, los productos agrícolas del sur son gravados con impuestos especiales, los indocumentados saltan vallas militarizadas, se justifican guerras preventivas, se mata en nombre de dios y en la red se puede consumir pornografía infantil con sólo una tarjeta de crédito. Las transformaciones recientes y los cambios sociales y económicos que se han producido a escala mundial han hecho tambalear los cimientos de la gran aldea global y multicultural. Las legislaciones nacionales, las políticas educativas, en definitiva los modernos —o ya no tanto— estados nacionales se han mostrado insuficientes ante la expansión, multiplicación y propagación en proporción geométrica de híbridos interculturales.

La distribución étnica en determinadas y localizadas zonas geográficas, la división casi perfecta en barrios marginales, barrios obreros y barrios burgueses (que aunque nunca fue pacífica sí proporcionaba seguridad en cuanto que era reconocible), los dualismos clásicos entre patrones y obreros, nacionalistas e internacionalistas, derechas e izquierdas, propietarios y asalariados, turistas y autóctonos, se han revelado obsoletos; sus límites y fronteras son difusas y poco reconocibles. Los

mapas cognitivos destinados a reconocer, organizar y dividir ya no logran ni comprender ni contener las avalanchas diarias de mensajes e informaciones casi siempre contradictorias; las lógicas actuales no se ajustan a nuestros esquemas mentales de antaño ni al pensamiento clásico occidental. ¿Quiénes son los buenos y quiénes los malos? No lo sabemos porque es imposible y esto nos produce terror e inseguridad. Pero la cuestión hoy no es la respuesta, sino problematizar la pregunta. Las relaciones entre mercado, política y las inercias cotidianas de las personas siguen dinámicas divergentes. Ante esta nueva situación de las relaciones interculturales, García Canclini propone, desde una perspectiva híbrida e interdisciplinar, coherente con su propuesta teórica, una revisión de los estudios antropológicos, sociológicos y de la comunicación de las últimas décadas. De lo que se trata, en definitiva, es de “encontrar la teoría que organice las nuevas diversidades” (p. 13).

Nos encontramos por tanto ante un libro revisionista, en el sentido estricto y literal del término. García Canclini pone en solfa conceptos que hasta ahora parecían superados, cerrados y, sobre todo, comprendidos y asimilados. Recupera para la discusión la noción de *cultura*, el eterno concepto de las ciencias sociales y en especial de sociólogos y antropólogos. ¿Qué es cultura? La cultura, escribe García Canclini haciéndose eco de otros autores de procedencias y formaciones diversas, ya no es un “paquete de rasgos que diferencia a una sociedad de otra”, sino un “sistema de relaciones de sentido que identifica diferencias, contrastes y comparaciones” (Appadurai), o “el vehículo o medio por el que la relación entre los gru-

pos es llevada a cabo” (Jameson) (p. 21). Lo que cambia no es tanto el concepto como el método. Ya no se trata tanto de celebrar lo que diferencia a unas culturas de otras, o de descubrir esos supuestos sistemas preexistentes y milenarios que conforman nuestro sentido común y que el nacionalismo popular y político utiliza en su provecho, sino de atender a las mezclas, a las fusiones, a los estilos heterogéneos; en suma, a cómo cada cultura se apropia y reinterpreta, desde sus coordenadas y de manera promiscua, los productos materiales y simbólicos —música, fútbol, cine, etc. — que le son ajenos. ¿O quizás, ya no tanto?

Sin embargo, la otra cara del mundo globalizado nos empuja también a prestar atención a las fronteras invisibles que nos separan, nos atrincheran y nos enfrentan, a la persecución de indígenas y a las bombas en los transportes de las grandes urbes europeas, a las democracias importadas y al precio de la gasolina. Para ello, García Canclini redefine los conceptos de multiculturalidad e interculturalidad. Si el primero lo entiende como “aceptación de lo heterogéneo; interculturalidad implica que los diferentes son los que son en relaciones de negociación, conflicto y préstamos recíprocos” (p.15).

*Diferentes, Desiguales, Desconectados* es, ante todo, una propuesta pretenciosa en el sentido de reclamar y reivindicar un sistema más justo. Pero también aporta soluciones; si no metodológicas, sí al menos políticas. Para ello identifica tres objetos de estudio que generalmente se han abordado por separado: las diferencias que se estudian desde una perspectiva étnica y nacional, las desigualdades de las que el marxismo y otras corrientes han venido

ocupándose, y las conexiones y desconexiones que han sido foco de atención de los estudios sobre la comunicación. La propuesta de García Canclini no es contraria a la globalización —se equivocan por tanto quienes esperen un libro con mensajes y eslóganes globalofóbicos—, sino que, por el contrario, reivindica una expansión global del bienestar y de sus sistemas culturales, educativos y sanitarios, pues “es difícil imaginar algún tipo de transformación hacia un régimen más justo sin impulsar políticas que comuniquen a los diferentes (étnicas, de género, de regiones), corrijan las desigualdades...y conecten a las sociedades con la información, con los repertorios culturales, de salud y bienestar expandidos globalmente” (p. 81).

Cabe reseñar, por último, su *crítica a la política* entendida como mero ejercicio gestor de lo social, en detrimento de la importancia, cada vez más relativa, concedida a la participación de los ciudadanos, y que, de este modo, parece quedar reducida a simples pactos entre cúpulas o a simulaciones de participación más cercanos a la propaganda mediática. De lo que se trata, pues, es de interrogarse por cómo podría ser una ciudadanía globalizada, o por usar una expresión de Tzvetan Todorov entre otros, una concepción de la ciudadanía que permita “ser otro en varias patrias” (p. 214). Al fin y al cabo, como señala el propio autor en la introducción “éste es un libro sobre teorías socioculturales y fracasos políticos”.

Si el libro de García Canclini se divide en dos partes, una primera titulada “Mapas”, de carácter puramente teórico —donde recurre a diferentes autores como Geertz y Pierre Bourdieu para fundamentar su opción teórica y entender la interculturalidad, además de hacer un balance de cómo se encuentra la antropología después del postmodernismo—, la segunda parte, titulada “Miradas”, analiza elementos de la realidad social como la entidad de lo que conocemos como América Latina, la noción de sujeto, la cultura juvenil, la sociedad del conocimiento y el cine latinoamericano. De esta forma, el lector puede tener la sensación de echar de menos una tercera parte que contribuyera a cerrar el círculo con una propuesta metodológica coherente y unos instrumentos políticos que a todas luces se hacen necesarios, como apunta el mismo García Canclini en una de sus conclusiones finales: “En un mundo organizado a la vez para interconectar y excluir, las dos políticas más ensayadas hasta ahora para la interculturalidad —la tolerancia hacia los diferentes y la solidaridad de los de abajo— son requisitos para seguir conviviendo. Pero si se detienen ahí corren el riesgo de ser recursos para convivir con lo que no nos dejan hacer. Comunicar a los diferentes, corregir las desigualdades y democratizar el acceso a patrimonios interculturales se han vuelto tareas indisociables para salir de este tiempo de abundancia mezquina” (p. 214).

JUANMA DEL POZO